

este punto de vista debe entenderse también este trozo: «Ahora bien, tú eres Dios, y nosotros somos el pueblo al cual tienes cariño; míranos y ten misericordia, ¡oh Dios de Israel! Porque tuyos somos, no apartes de nosotros tu misericordia, para que no se arrojen sobre nosotros. Pues tú has elegido la simiente de Abraham entre todos los pueblos y nos has dado tu nombre, Señor, no estarás ocioso eternamente. Una alianza has hecho con nuestros antepasados tocante á nosotros y tenemos esperanza en tí convirtiéndonos á tí de todo corazón. Del Señor viene sobre Israel siempre y en todo tiempo la merced.»

Se comprende que estando ligada la merced de Dios al cumplimiento de la ley, y siendo este cumplimiento únicamente posible dentro de Israel, solo Israel tiene la fortuna de ser agraciada con la merced de Dios; así es que absorbe el ánimo del salmista la meditación sobre las promesas que Dios ha hecho á Israel, que son su mayor consuelo en su situación aflictiva. Repite en brillantes y expresivos colores la imagen de la esperanza del Deutero Isaías de la feliz vuelta de los hijos de Israel del cautiverio. «Tocad las trompetas sagradas en Sion; resuenen en Jerusalem las voces de los mensajeros de la victoria; porque Dios en su misericordia ha visitado á Israel. Sube, oh Jerusalem, á una atalaya y mira á tus hijos reunidos por el Señor desde Levante hasta Poniente. Del Norte llegan llenos de alegría de su Dios; desde lejos de las islas los ha traído. Por amor de ellos ha allanado elevadas montañas; las colinas huyeron ante los que regresaban. Las selvas tuvieron que prestarles su sombra en su camino; árboles odoríferos hizo Dios crecer para ellos, á fin de que Israel caminara bajo la protección de la majestad de su Dios. Ponte tus vestidos de fiesta, ¡oh Jerusalem! coge tu vestidura sagrada, pues Dios ha decidido la salud de Israel por toda la eternidad.» A esta pintura sigue una oración corta rogando á Dios que cumpla la promesa dada. Clara y brillante ve el salmista la imagen del último tiempo de la gloria de Israel que ha de empezar con el regreso de los ex-patriados. La oración es esta: «Dios purifique á Israel para el día de la merced y de la bendición, para el día de la selección, cuando su ungido comience su dominio. Bienaventurados los que vivan en aquellos días para ver la salvación que el Señor concederá á la generación venidera. En lugar del azote se presentará el ungido del Señor en el temor de su Dios, el espíritu lleno de sabiduría, de justicia y de fortaleza para guiar al hombre en las obras de la justicia y del temor de Dios, para llenarlos á todos del temor de Dios. Una generación buena, llena de temor de Dios, en los días de merced.» Aquí hay que notar en primer lugar que esta salvación final solo será concedida á los devotos, y en segundo lugar que la descripción del Mesías, según el ideal de la religión de los fariseos, no habla de los atributos terrenales de la monarquía mesiánica, si bien es natural que el autor los sobrentienda. Describiéndose al Mesías como modelo de devoción, la misión que trae, y que realiza con vigor, es guiar á los hombres á la devoción verdadera. Los devotos, en el sentido exclusivista de los fariseos, que para no faltar á los preceptos religiosos, condenaban el trato internacional y las guerras, no podían admitir en la era venidera de gloria una vida nacional poderosa, que no comprendían. Esto explica la grandiosa descripción del Mesías que se encuentra en uno de los salmos llamados de Salomón, y á la cual dió lugar el recuerdo de los Asmoneos como reyes ilegítimos porque no eran de la familia de David: «Mira acá, ¡oh Señor! y haz que se presente su rey, el hijo de David, en el tiempo que tú sabes, oh Dios, para que reine sobre Israel tu siervo; haz que le rijan con vigor á fin de que haga caer al gobernante ilegítimo; que purifique á Jerusalem de los paganos que la

pisotean, aniquilándolos, con sabiduría y justicia; que expulse á los pecadores de su herencia, quiebre su soberbia, como piezas de alfarería; y aplaste con su cetro de hierro á todos sus secuaces, á fin de aniquilar á los pueblos paganos con la palabra de su boca; que ante su amenaza huyan de él los paganos y que castigue á los pecadores por la opinión de su corazón.» Aquí presenta el poeta á su rey como rey verdadero; destruye el dominio romano y á los romanos que pisotean á Jerusalem, mas sus armas son simplemente la sabiduría, la justicia y la palabra de su boca, porque el cetro de hierro, que el poeta ha tomado del segundo salmo de la Biblia, solo significa el rigor y la fuerza. También es de notar que la figura de este rey va expresada con el artículo determinado, lo que indica que es una figura conocida desde antiguo, y además se dice que la aparición de este rey está fijada por Dios en un tiempo que solo Dios sabe. Sigue á esto una larga descripción de la justicia del reino de Dios: «Entonces reúne á un pueblo santo al cual gobierna con justicia; y como consagrado del Señor, su Dios juzga á las tribus del pueblo. No permite que entre ellas viva la injusticia; no debe morar entre ellas nadie que alimente maldad. Pues él los ve y penetra, que solo han de ser hijos de su Dios; él los reparte sobre el país según las tribus, y entre ellos no deben morar ya ni colonos ni extranjeros.» Hasta aquí se extiende el salmista acerca del celo del rey mesiánico por el bien del pueblo de Israel; los colonos y extranjeros que menciona el poeta significan al parecer la población pagana establecida en las ciudades de Palestina, reconstruidas ó por lo menos emancipadas del dominio judío, población contra la cual iba dirigido naturalmente el odio de los judíos devotos. Es, pues, evidente que la expulsión de esta población constituía una parte indispensable de la fe mesiánica; pero con todo, sería un error creer que el reino del Mesías, aun en el concepto de los devotos, no había de abarcar á todos los pueblos, porque el mismo salmo continúa así: «Él (el Mesías) juzga á todos los pueblos y tribus con sabiduría y justicia, y tiene bajo su yugo las naciones de los paganos para que le sirvan y trae á los poderosos á honrarle en la capital de todo el mundo y purifica y santifica á Jerusalem como al principio, á fin de que las naciones vengan de los extremos del mundo á ver su magnificencia trayendo presentes como fatigados hijos de Sion, y á presenciar la magnificencia divina con la cual los glorifica. Él, sin embargo, reina sobre ellos con justicia á fuer de rey instituido por Dios. Y no se encontrará bajo su reinado y en su tiempo injusticia alguna, porque todos son santos y su rey es el ungido del Señor.» Esta descripción del viaje de los paganos á Jerusalem para presentar allí sus homenajes á Dios es hermana de la otra profecía análoga de Isaías y de Miqueas; pero si bien en el salmo el poeta se figura el reino mesiánico como un imperio universal con Jerusalem por capital, no da importancia alguna al poder y grandeza política de este imperio; solo ensalza la santidad del rey mesiánico y de todos sus súbditos, sin pensar ni remotamente en la menor rivalidad entre este reino y el imperio romano, entonces floreciente. Lo que describe el poeta no puede compararse con ninguna situación política terrenal existente entonces; es una imagen de luz cuyo origen está en el otro mundo y cuyos rayos apenas rozan el suelo áspero de esta tierra.

En este sentido está dibujada también la figura del Mesías: «Pues no confía ni en caballos, ni jinetes, ni en arcos, ni amontona tesoros de oro y plata para la guerra, ni pone su confianza en la multitud para el día de la lucha: «El Señor es rey,» esta es su confianza; es fuerte en la esperanza en Dios; éste le hará merced. Todos los pueblos le temerán, porque él subyugará á la tierra para siempre con la palabra

de su boca.» En este cuadro está suprimido adrede en la idea del tiempo venturoso del reino mesiánico todo cuanto podría parecerse á poder terrenal, como tesoros repletos y ejército fuerte; pero al mismo tiempo se ve también la línea que divide á los fariseos de los saduceos. Estos últimos no quisieron aguardar hasta que el descendiente de David sometiese la tierra con la palabra de su boca; muy al contrario esperaron que los Asmoneos, los descendientes de Sadoc, estableciesen un Estado que ocupara por medios materiales, por su riqueza y fuerte ejército, una posición respetable entre los pueblos. Muy diferente era el ideal fariseo, pues el salmista sigue diciendo: «Bendice al pueblo del Señor con su gobierno sabio entre gozos. Y está exento de defectos para reinar sobre un gran pueblo, tener atentos á su deber á los empleados y hacer desaparecer á los pecadores por medio de su palabra poderosa. Jamás en toda su vida dará un paso en falso contra su Dios, porque Dios le formó fuerte en espíritu santo y sabio en consejo prudente, lleno de energía y de justicia. La bendición del Señor está con él en toda su fuerza y no tropezará. Su esperanza está en el Señor. ¿Quién podrá nada contra él? Poderoso en obras y fuerte en el temor de Dios ha elegido para colocarle á la cabeza de la casa de Israel á fin de dirigirla. Sus palabras son mas puras que el oro mas precioso; en el juicio público falla entre los pueblos, entre las tribus de los santificados. Su sentencia equivale á la sentencia de ángeles entre los pueblos santos. Bienaventurados los que vivan en aquellos días para ver la felicidad de Israel en la reunión de las tribus que Dios efectuará.» Difícilmente podrá trazarse imagen mas noble y pura de un monarca y acaso jamás ha sido marcada con mas vigor que en este trozo la misión moral de la educación de los súbditos como el deber primero y principal del soberano. Sin embargo, esta imagen se disuelve como vana sombra tan pronto como se confronta con cualquier soberano histórico. Entre las ocupaciones variadas que en el incansante vaiven de la vida absorbieron el tiempo de César, por ejemplo, el contemporáneo mas grande de nuestro salmista, solo cita una este autor y aun esa de un modo muy general y escueto. Haciendo la comparación de la imagen que el poeta presenta de su rey con César, se conoce al instante que la figura mesiánica ha sido formada en contraposición á los reyes en general, sin haber el autor jamás conocido de cerca á un gobernante grande y admirado. Este defecto en la exposición de la fe mesiánica, la mas amplia de cuantas descripciones de esta creencia judía, han llegado á nosotros, tiene grandísima importancia histórica, porque si el fariseísmo, en la imagen que se había formado del Mesías, no daba importancia ninguna á los múltiples deberes de un gran gobernante, y si solo se fija en la influencia irresistible del hombre moral inspirado por Dios sobre la humanidad, llamada también á la vida moral, falta solo un pequeño paso para figurarse el Mesías desprovisto enteramente de grandeza política pero que llena perfectamente la misión educadora de un rey justo y sabio. Este es, pues, el punto en que el fariseísmo tiende al cristianismo.

4. Desde la muerte de Pompeyo hasta la muerte de César.

Muerto Pompeyo, fué Antípato fidelísimo partidario de César. De ello dió palpables pruebas, entre otras juntando con Hircano II sus tropas al ejército de Mitridates, que acu-

dia desde Pérgamo para auxiliar á César en la campaña de Egipto. Además consiguió que los árabes, dueños absolutos de muchas ciudades, y las ciudades libres de Siria, unieran sus fuerzas á las de César. En el asalto de la fortaleza de Pelusio abrió Antípato la primera brecha en la muralla; y cuando los judíos de Egipto no quisieron faltar á la fidelidad debida á los Tolomeos, que tanto bien les habían hecho, Antípato les enseñó una carta de su maniquí el sumo sacerdote Hircano II, en que éste los exhortaba á ponerse del lado de César y á prestar su apoyo al ejército que defendía su causa. De esta manera llegó el ejército hasta Menfis, cuya ciudad abrió voluntariamente sus puertas á Mitridates. Después se dió la batalla campal con las fuerzas egipcias cerca del llamado campamento judío, en que las tropas auxiliares de Roma con gran trabajo quedaron victoriosas, gracias á Antípato, sin cuyo auxilio habrían sucumbido infaliblemente. Por eso César en esta campaña se sirvió con preferencia de Antípato en los asuntos difíciles y peligrosos, y en una de estas empresas Antípato fué herido.

Concluida la guerra, pasó César á Siria para arreglar allí las cosas á su manera. Confirmó á Hircano II en el cargo de sumo sacerdote y de gobernante popular; Antípato fué agraciado con la ciudadanía romana, con exención completa de impuestos, y además con el cargo de administrador de Judea. En cambio acudió en vano á César, Antígono, el único hijo de Aristóbulo II que vivía todavía, para pedir siquiera venganza por la muerte de su padre envenenado y de su hermano decapitado. No fué escuchado porque Antípato había dado á entender á César que todo favor y protección que mostrara á este Asmoneo serían perniciosos y peligrosos. A Hircano, sin embargo, concedió César permiso, dando con esto una gran alegría á los judíos, para volver á levantar las murallas de Jerusalem que Pompeyo había hecho derribar. César siguió como Pompeyo la política de dar al dominio romano la apariencia de un protectorado contra ataques enemigos y así lo demuestra el hecho de haberse enviado como en tiempo de los Macabeos hasta Juan Hircano una embajada á Roma con un escudo de oro para renovar, según decía inocentemente el mensaje, el favor, la amistad y la alianza antiguos y solicitar protección para su territorio y sus puertos; todo lo cual les fué concedido solemnemente. Muy curiosa es, si bien no tiene ninguna importancia política, una resolución de los atenienses de honrar á Hircano II, piadoso judío, regalándole, como demostración de gratitud por la hospitalidad concedida, una corona de oro, erigiéndole una estatua en el bosque del Pueblo y de las Gracias y además citando su nombre en las fiestas principales de la ciudad. Aquí tenemos un rasgo de la política romana que tan bien supo conservar en los pueblos sometidos lo que halagaba sus sentimientos de independencia y de libertad, porque en este ejemplo vemos la asamblea popular de Atenas tomando resoluciones como si no hubiese mas amo que ella.

Después de haber vencido en Asia Menor á Farnaces y de haber coronado en su lugar rey del Ponto á Mitridates, se retiró César del Asia y Antípato regresó á Jerusalem, activando la reconstrucción de las murallas. Antípato demostró á los judíos refractarios la imposibilidad de librarse de él, y en cambio trabajó para hacer hereditario en su familia el cargo de administrador y gobernador de Judea, encargando á su hijo mayor Fazael el gobierno de la comarca de Jerusalem, y al menor, llamado Herodes, que á la sazón solo contaba quince años de edad, el gobierno de la Galilea. Herodes, no obstante sus pocos años, hizo querer por un gran servicio prestado al país apresando y matando á una cuadrilla de salteadores con su capitán Ezequías, que tenían atemorizadas la

Galilea y las comarcas fronterizas sirias. También su hermano mayor Fazael, con su talento, tacto y bondad, se granjeó las simpatías de sus subordinados. Viendo Antípato de esta manera consolidada su posición de verdadero dueño de la Judea, no guardó ya tantas atenciones como antes al inepto Hircano II. Este hizo una impotente tentativa para usar de su legítima autoridad contra Antípato y sus hijos, con motivo de la falta cometida por el joven Herodes contra la ley entregando al hacha del verdugo sin gran formación de causa al bandido Ezequías y á sus compañeros. Las simpatías que Herodes se había conquistado con este servicio en todo el país le hicieron todavía más sospechoso y digno de castigo á los ojos de Hircano, animado por los saduceos y fariseos, que quizás en esta ocasión iban desde muchísimo tiempo por primera vez acordes y unidos, queriendo los saduceos apoyar al descendiente de los Asmoneos y los fariseos defender la observancia estricta de la ley judía. Hircano citó al joven Herodes ante el sanhedrin de Jerusalén para dar sus descargos. Esto pone de manifiesto la importancia de la segunda modificación que Gabinio había introducido en su organización de la Judea, porque vemos aquí que la jurisdicción del sanhedrin de Jerusalén se extendía entonces sobre la Galilea, de lo cual hay que inferir que el sanhedrin de Séforis estaba suprimido ó bien subordinado al de Jerusalén. Por otra parte, del hecho de haber citado el sumo sacerdote al acusado ante el sanhedrin debe inferirse que este tribunal estaba ya entonces presidido por aquel dignatario. Antípato aconsejó á su hijo que acatara la orden de Hircano, para que no se interpretara su incomparecencia á miedo ó á culpabilidad, y Herodes se presentó, pero bajo la doble salvaguardia de una escolta de soldados bien armados y de una carta de Sexto César, gobernador de la provincia de Siria, que ordenaba á Hircano poner cuanto antes al acusado en libertad. Cuando compareció ante el sanhedrin vestido de gala, con los distintivos de su cargo, á la cabeza de sus hombres de armas, uno de los doctores de la ley, llamado Sameas, manifestó, según dice un autor, su sorpresa de ver al acusado, en lugar de presentarse vestido de luto ante la sagrada asamblea, comparecer ataviado como un rey, evidentemente para torcer la ley y salir de allí impune. En efecto, á pesar de esto salió Herodes sin que se le insultara; y cuando Hircano vió el grandísimo odio que en el sanhedrin prevalecía contra Herodes, y que hasta la vida de éste corría peligro, facilitó él mismo su evasión por temor á su padre Antípato y á los romanos. De este modo Hircano II quedó más humillado que antes después de haber querido humillar á Antípato y á los suyos. Herodes llegó sano y salvo á Damasco, domicilio del gobierno romano de la provincia de Siria, y Sexto César, el gobernador ó legado romano, le confió el gobierno de la Celesiria. Desde allí marchó Herodes con un ejército contra Jerusalén; pero así como Coriolano en su tiempo, á ruegos de su mujer y de su madre había desistido de hacer armas contra su patria, del mismo modo Herodes á ruegos de su padre Antípato y de su hermano Fazael desistió de una empresa análoga, y siguiendo consejos prudentes, para evitar á su familia un gravísimo peligro, retiró sus tropas.

Poco tiempo después fué asesinado Sexto César por el partidario de Pompeyo, Cecilio Baso, y mientras cerca de Apamea peleaban entre sí cesarianos y pompeyanos, apoyando Antípato á aquellos, llegó á Siria la noticia del asesinato del gran dictador romano Julio César, ocurrido el 15 de marzo del año 44 antes de J. C. Este suceso, que conmovió al mundo civilizado, fué deplorado sinceramente también por los judíos, que en gran número estuvieron reunidos muchas noches alrededor de la pira lamentando aquella muerte, porque César había dictado durante su gobierno una serie

de disposiciones favorables á los judíos, principalmente en recompensa del auxilio que le habían prestado en Egipto. Después de su campaña egipcia había declarado á Hircano y á sus hijos aliados de Roma y amigos suyos personales; había reconocido y asegurado las prácticas particulares de la religión judía y había confirmado el derecho, cedido ya antes por los romanos al asmoneo Simón, de que toda causa incoada contra un judío fuese sometida al fallo del sumo sacerdote de Jerusalén. Esta disposición para ser eficaz no podía entenderse dictada para todo el imperio romano atendida su extensión, por cuyo motivo probablemente fué publicada oficialmente solo en el Capitolio de Roma, en Tiro, Sidón y Ascalón. También se eximió á la Judea del gravamen de los acantonamientos de las tropas en invierno, así como de todas las extorsiones de dinero. Al fijar la tributación se atendió á las particularidades de la ley judía, exceptuando los años de sábado ó de descanso, porque en estos años no se sembraba ni se cogían los frutos de los árboles. Al sumo sacerdote confirmó también César en su renta acostumbrada; la ciudad marítima importante de Jafa, que Pompeyo había libertado de su dependencia de Judea, otras ciudades marítimas menores y la de Lidá, que no carecía de importancia, fueron restituidas á la Judea; se concedieron á Hircano y á sus hijos varias rentas nuevas, y á él, á su familia y á sus embajadores fueron destinados sitios de honor al lado de los senadores en el Circo, en las luchas de gladiadores y de fieras. Finalmente se concedió al gobernante judío el derecho de presentar solicitudes directamente al Senado previa conformidad del dictador ó de su adjunto el maestro de los caballeros, acordándose que se contestara á estas solicitudes con la mayor brevedad posible.

De estas disposiciones se desprende claramente que Hircano II era considerado oficialmente como jefe del pueblo judío; y como en ninguno de estos decretos figura siquiera el nombre de Antípato, se ha supuesto que los historiadores posteriores, acaso asalariados, dieron importancia á Antípato y á su familia á costa de la dinastía á la cual sustituyó. Sin embargo semejante suposición es muy exagerada, ya porque están fuera de duda la convicción y tendencia fariseas de Hircano, ya porque Antípato tuvo el poder necesario para hacer á sus dos hijos subgobernadores, y eso que uno de ellos contaba quince años de edad. El no figurar el nombre de Antípato en los decretos de César, no obstante su autoridad y poder en Judea, solo prueba el gran tacto y habilidad del mismo Antípato. No se colocó en primer término cuando todavía podía ser rechazado, pero paulatinamente supo consolidar su posición hasta hacerla inexpugnable. La lastimosa debilidad que mostró Hircano en el asunto de la citación de Herodes denota, además de una falta de cálculo, de previsión y de energía, la vergonzosa dependencia en que el sumo sacerdote se hallaba respecto del verdadero administrador en materia civil, hasta el punto de que un hijo de Antípato, todavía niño, pudo hacer público escarnio del sumo sacerdote, de un Asmoneo, y del sacro tribunal del sanhedrin.

5. El pueblo judío en la dispersión.

César había favorecido también á los judíos de fuera de Judea; á los de Alejandría, que tanto habían hecho por él, les confirmó en su ciudadanía de aquella ciudad, según constaba en una columna de bronce que hizo erigir allí. El establecimiento de corporaciones con administración independiente y recursos ó capital propios requería la autorización del Senado desde el tiempo de César; pero el dictador eximió de esta condición la formación en todo el imperio de congregacio-

nes judías con sus fondos propios y las comidas en común. Este permiso en una época justamente en que era muy general el afán de formar sociedades, tan temidas como perseguidas por el gobierno, hizo que muchísimos paganos, pretextando su temor á Dios, solicitaran la admisión en la comunidad judía, admisión que les fué concedida sin gran dificultad, por lo que halagaba á los judíos ver extenderse y propagarse su religión. Por otra parte, desde el tiempo de Sila había tomado grandísimo incremento la inmigración de judíos en el Occidente y especialmente en Italia, á consecuencia de la incorporación del Asia Menor, de Siria y de Egipto al imperio romano. La separación de la Judea y la restitución á sus poblaciones indígenas de las ciudades más mercantiles de Palestina, ordenada por Pompeyo, dieron también probablemente motivo para que muchísimos judíos abandonaran estas ciudades y la Palestina, y se establecieran en la capital del mundo, donde su genio mercantil encontraba un terreno sumamente favorable. A consecuencia de los escritos del autor judío Filón, se ha dado una importancia excesiva en esta inmigración del elemento judío á los prisioneros judíos que Pompeyo envió á Roma. Estos no constituyeron sino una parte mínima de la inmigración judía, ni menos hay que pensar en que hubiera deportación de judíos semejante á las efectuadas en tiempo de Salmanasar y Nabucodonosor. El geógrafo Estrabón, que empezó á escribir poco después del tiempo que dejamos descrito, habla ya de la difusión de los judíos por el imperio romano en estos términos: «Este pueblo se ha introducido ya en todas las ciudades, y no es fácil encontrar un punto en la tierra donde no se le haya admitido y que no esté bajo su dominio (mercantil).» Un siglo antes había dicho lo mismo la Sibila con referencia al mundo griego.

En todas partes donde se establecieron judíos se distinguieron siempre de los demás habitantes por el cumplimiento de las prescripciones de su religión, y para cumplirlas mejor procuraban reunirse y vivir juntos; así es que ocuparon en Alejandría el barrio del Este y se establecieron en Roma al otro lado del Tíber; lo que dió lugar á muchos cuentos extraños sobre los usos y costumbres singulares y misteriosos de aquella gente, como la circuncisión, la prohibición de comer carne de cerdo y la adoración de un Dios sin imagen visible. Estas prácticas excitaban naturalmente las sátiras y mofas de las personas que encuentran ridículo lo que no comprenden; pero sería un error creer que el judaísmo carecía entonces de fuerza atractiva. Lo desconocido, aunque excite la risa, atrae, de lo cual es ejemplo la francmasonería de nuestros días. Análogas á las logías de nuestros días eran entonces las sinagogas; de ellas hicieron los judíos semilleros de la ilustración y de la moralidad más pura, aumentando su atractivo como hoy todavía las prácticas singulares usadas en sus congregaciones. Si los judíos se abstenerían escrupulosamente de todo contacto impuro con la vida pagana, no por eso dejaban de admitir en sus oratorios y sinagogas á los que deseaban unirse á ellos y participar de sus ejercicios religiosos. Es de suponer además que los menos de los judíos que inmigraron en Europa eran hijos de Palestina, y en los demás países de donde procedían, como el Asia Menor, la Siria septentrional, el Egipto y la Cirenaica, eran contadísimos los representantes del fariseísmo. Los judíos de estos países deseaban cumplir todos los preceptos de su religión, pero á la fuerza tuvieron que adaptarse á las circunstancias; solo conocían de oídas, es decir, por la fama, la historia de los Asmoneos, y no habían pasado por las modificaciones que en el transcurso de esta historia habían sufrido las costumbres y los conceptos religiosos de sus hermanos de Judea. El espíritu griego impulsaba en todas partes á una conciliación con el

paganismo, y esta conciliación se logró conservándose siempre y en todas partes á gran altura, como preciosa joya de Israel, las ideas religiosas y morales del pueblo judío. Cuando con motivo de la incorporación del Asia Menor al imperio romano, un gran número de ciudades de esta parte del mundo fué agraciada con la ciudadanía romana, participaron de esta ventaja también los judíos establecidos en ellas desde el tiempo de los Seléucidas, y cuando Pompeyo, en el año 50 antes de J. C., mandó al procónsul Léntulo que sacara de aquellas comarcas dos legiones de ciudadanos romanos, los judíos de Efeso antes que nadie, y después los de toda el Asia, consiguieron la exención de este servicio, porque su ley les prohibía llevar armas y hacer marchas los sábados, y porque tenían una alimentación especial. Esta exención del servicio de armas les fué confirmada también después de la muerte de César. Aquí se observa que los judíos, que tantos esfuerzos hicieron para librarse de obligaciones contrarias al cumplimiento de los preceptos de su religión, aparecen tan celosos partidarios de su ley como los fariseos en frente de las tendencias nacionales de los saduceos; pero también debe atribuirse una buena parte de su celo religioso á motivos de libertad personal y otros. Digno de notar es que Hircano, tan adicto á la tendencia farisea, tomó personalmente parte en la campaña á favor de César y peleó en compañía de los soldados de Mitrídates, sin perjuicio de apoyar después de la muerte de César la solicitud de los judíos romanos del Asia Menor, que pidieron quedar exentos del servicio de armas. Parece que Hircano había renegado de su campaña egipcia, que tantos favores le valió, pues que las relaciones posteriores atribuyen todos sus hechos á Antípato; pero de todos modos, aquella campaña egipcia prueba con evidencia que todo esfuerzo político de los judíos les conducía á la senda saducea; porque las tendencias y empresas políticas eran absolutamente incompatibles con la observancia estricta de la ley religiosa, y los romanos tuvieron gran cuidado, como lo hicieron en lo relativo al servicio de armas, en facilitar á los judíos en cuanto fué posible el cumplimiento de las prácticas de su religión. En todas partes les dejaron á su disposición ya para sus asambleas, ya para hacer sus rezos, ya para dirimir sus litigios, un lugar á propósito, ora fuese un edificio, ora un terreno junto al mar. En un decreto se les concedió expresamente hasta el especial cultivo de los frutos, lo cual solo puede referirse á las prescripciones singulares de sus doctores de la ley, respecto de las plantas que se pueden sembrar ó plantar juntas ó mezcladas; y á cada paso repiten las órdenes romanas que se debe permitir á los judíos la santificación del sábado. Esto se recomienda particularmente á los ejecutores de la ley para que no cobren multas de ningún judío en los sábados. Ya hemos hablado de los fondos comunes de las congregaciones judías, y ahora añadiremos que los judíos del Asia Menor tenían reunidos en la isla de Cos durante la guerra de Mitrídates 800 talentos, que les quitó entonces este rey. No consta bien el objeto de esta acumulación de fondos, porque la contribución para el templo era enviada con regularidad á Jerusalén y para las comidas en común no podían tener necesidad de un fondo tan considerable. Los 800 talentos eran probablemente las riquezas particulares de muchas familias judías que las habían creído poner fuera del alcance de las peripecias de la guerra.

6. La muerte de Antípato. Subida de Herodes.

La guerra civil que hasta la muerte de César había existido entre los partidarios de César y de Pompeyo, continuó después de la muerte de estos dos jefes con mayor furor que antes bajo el mando de otros. Primeramente los nuevos triun-